

Timothy Radcliffe, O.P.

# LAS SIETE ÚLTIMAS PALABRAS

La plenitud del sentido más allá  
de la violencia y el silencio

2ª edición

DESCLÉE DE BROUWER  
BILBAO - 2006

## ÍNDICE

PRÓLOGO: EN EL PRINCIPIO ERA LA PALABRA .....	9
---	---

### LAS PALABRAS

I.- “PERDÓNALES, PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN”. LC 23,34 .....	35
II.- “HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO”. LC 23,43 .....	43
III.- “MUJER, HE AHÍ A TU HIJO... HE AHÍ A TU MADRE”. JN 19,26-27 .....	51
IV.- “¡DIOS MÍO, DIOS MÍO!, ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?”. MC 15,34 .....	57
V.- “TENGO SED”. JN 19,28 .....	65
VI.- “TODO ESTÁ CONSUMADO”. JN 19,30 .....	73
VII.- “PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU”. LC 23,46	81
EPÍLOGO: MÁS ALLÁ DEL SILENCIO .....	89

NUESTRA PALABRA: MÁS ALLÁ DE LA VIOLENCIA .....	103
<i>La conquista de las Américas</i> .....	106
<i>El Holocausto</i> .....	111
<i>El 11 de septiembre del 2001</i> .....	115

**PRÓLOGO:**  
**EN EL PRINCIPIO ERA LA PALABRA**

La tarde del 7 de diciembre de 1993 llegaba a Jerusalén procedente de Roma con el fin de visitar la *École biblique*, el centro dominico de estudios bíblicos. Ni siquiera había tenido tiempo de deshacer el equipaje cuando recibí una llamada de teléfono para informarme de que mi padre estaba agonizando. Tomé inmediatamente un vuelo para Inglaterra y tuve la fortuna de poder estar unos últimos días con él antes de que muriera en el hospital rodeado de sus familiares. Mi padre era un melómano apasionado, por lo que decidimos comprarle un *walkman* para que pudiera oír música en la habitación del hospital. Le pregunté qué música le gustaría escuchar y me dijo que le trajera el *Requiem* de Mozart y *Las siete últimas palabras* de Haydn. Esta fue su manera de prepararse para morir. Yo había vuelto a Inglaterra procedente del lugar donde, según los evangelios, Jesús pronunció estas últimas palabras, con el propósito de acompañar a mi padre mientras éste vivía su propia pasión confortado por las palabras del crucificado.

La devoción a las siete últimas palabras de Jesús en la cruz se remonta al siglo XII. Partiendo de los cuatro evangelios, diversos

autores se decidieron a entretener un relato concordante de la vida de Jesús. Ello permitió reunir sus últimas palabras en la cruz, siete frases que se convertirían en objeto de meditación. Estas últimas palabras fueron comentadas por San Buenaventura y popularizadas por los franciscanos. Revistieron una importancia enorme para la piedad del medievo tardío, se asociaron a la meditación acerca de las siete heridas de Cristo y se contemplaron como posibles antidotos contra los siete pecados capitales.<sup>1</sup> Según el libro de las horas de San Beda, quienquiera que meditase sobre estas palabras de Jesús, se salvaría y Nuestra Señora se le aparecería treinta días antes de su muerte.

Pero cuando me pidieron que hablara acerca de las siete últimas palabras de Jesús en la catedral de Seattle, el viernes santo del 2002, debo admitir que vacilé. Estas palabras parecían pertenecer a una espiritualidad lóbrega, que enfatizaba el sufrimiento y el pecado, y con la cual no me veía capaz de identificarme fácilmente. Naturalmente, los evangelios afirman que debemos tomar nuestra cruz cada día y seguir a Cristo, pero con demasiada frecuencia esta afirmación ha desembocado en un cristianismo que me parecía asociado a la falta de alegría, la negación de la vida e incluso a un cierto toque de masoquismo. San Juan de la Cruz afirma que “el alma que de veras desea sabiduría divina, desea primero el padecer, para entrar en ella, en la espesura de la cruz”.<sup>2</sup> Debo confesar

- 
1. Eamon Duffy, *The Stripping of the Altars* [El expolio de los altares], New Haven, 1992, p. 248 y ss.
  2. *A reading from the Spiritual Canticle*, Red. B, str. 37. [Edición en español: San Juan de la Cruz: *Comentarios en prosa al poema “Cántico espiritual”*, texto B (segunda redacción según el manuscrito de Jaén), canción 36 [A 35]. Barcelona: Planeta, 1996, p. 317].

que no siento el más mínimo deseo de padecer en absoluto. Me venían a la mente aquellas lóbregas palabras extraídas de *Richard II* [Ricardo II]:

*Hablemos de tumbas, gusanos y epitafios,  
hagamos papel del polvo y, con ojos de lluvia,  
escribamos el dolor en el seno de la tierra.  
Elijamos albaceas, hablemos de testamentos.*<sup>3</sup>

Mi fe tiene que ver con la vida, con el nacimiento de un niño y con la victoria sobre la muerte. Naturalmente, ello pasa necesariamente por el viernes santo, pero ¿por qué detenerse en ese momento? Con demasiada frecuencia me había encontrado con el sufrimiento y con la muerte –particularmente en lugares como Ruanda y Burundi durante mis viajes por la orden– como para permitirme ignorar su terrible violencia. Había acompañado a muchos hermanos en el momento de su muerte y había visto cosas que estaban al límite de lo que puede expresarse con palabras y únicamente cabe mostrar. Y tenía mis dudas respecto de si se debía pronunciar ni tan siquiera *un* solo sermón a propósito del viernes santo, cuanto menos siete. Ante el horror de la muerte del Hijo de Dios y su escandaloso absurdo, ¿qué podemos decir? El viernes santo parece marcar el fin de las palabras. ¿Acaso debemos recurrir siempre y en todo momento al lenguaje? Lo único que podemos hacer es esperar la Pascua. A pesar de todo ello, acepté hablar de las siete últimas palabras, en memoria de mi querido padre, que

---

3. Acto III, escena ii., l. 145. [Edición en español: Shakespeare, W.: *Ricardo II*. Madrid: Austral, 1998, p. 100].

compartió su fe conmigo. Estas palabras le habían dado fuerza ante la perspectiva de la muerte. ¿Qué podían ofrecerme a mí?

Las siete últimas palabras son particularmente fascinantes. Los seres humanos somos animales parlantes. En nuestro caso, el hecho de estar vivos equivale a estar en comunicación. La muerte no es únicamente el cese de la vida corporal. La muerte es el silencio. De modo que lo que decimos ante la inminencia del silencio puede ser muy revelador. Puede tener un cariz de resignación; a Ned Kelly, el famoso atracador de bancos australiano, se le ocurrió decir: “Así es la vida” momentos antes de ser ejecutado. La frase de Lord Palmerston, “La última cosa que me queda por hacer es morirme”, parece más provocativa o simplemente más pragmática. Cabe la posibilidad de equivocarnos estrepitosamente, como aquel general de la guerra civil que, a propósito de los tiradores de élite enemigos, dijo: “No serían capaces ni de darle a un elefante a esta distancia”. Pocos de nosotros pueden pretender igualar la majestad de las palabras del emperador Vespasiano: “¡Ay de mí!, tengo la impresión de estar convirtiéndome en un dios”. Pitt el Joven dijo supuestamente: “¡Ay, patria mía, en qué estado dejo mi patria!”, pero la tradición más fidedigna lo sustituye por: “Me comería encantado un pastel de carne de casa Bellamy”. De hecho, son muchas las personas que piden de comer y de beber mientras están agonizando. Santo Tomás pidió unos arenques frescos, que le fueron suministrados milagrosamente, y Anton Chekhov manifestó que nunca era demasiado tarde para beber una copa de champán.

En este breve libro nos ocuparemos ya no sólo de las últimas palabras de un hombre, de lo último que ese judío del siglo I que fue Jesús acertó a decir. Se trata de la Palabra de Dios proferida

ante la perspectiva del silencio. Los cristianos creemos firmemente que todas las cosas existen y están sustentadas por esta Palabra, que existía desde el principio. La Palabra es el sentido de nuestras vidas. Como afirma San Juan en el prólogo de su evangelio: “En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres” (Jn 1,4). Lo que está en juego en nuestro caso no es únicamente el sentido de la vida de Jesús, sino el sentido de toda vida humana. Cuando Cristo fue silenciado, ¿quedaron acaso todas las palabras sepultadas junto con él?

Nuestra fe en la Resurrección no se reduce exclusivamente a que este hombre que murió fue devuelto a la vida. La Palabra no quedó silenciada. Estas siete últimas palabras continúan vivas. La tumba no las engulló. Y ello no es así tan sólo porque fueron escuchadas, recordadas y registradas por escrito, a la manera de las últimas palabras de Sócrates. La fe en la Resurrección significa que el silencio de la tumba quedó roto para siempre y que estas palabras no fueron las últimas. “La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron” (Jn 1,5).

Cuando los mártires se enfrentan a la muerte, reclaman su derecho a hablar. Pueden alegar su inocencia o reafirmar su fe, pero siempre, ante la perspectiva del silencio, desean que sus palabras sean escuchadas, porque la propia Palabra no pudo ser reducida al silencio ni lo será jamás. Muchos de los primeros mártires morían porque se negaban a “entregar” las palabras del evangelio. No querían traicionar a estas palabras de vida, en el sentido literal del término (el *traditor* es literalmente el que “entrega”). Estas son las palabras que nos han sido confiadas. El gobernador romano le pregunta a Euplius cuál es la razón de que no renuncie a esos textos: “Porque soy cristiano y me está prohibido renegar de ellos. Es pre-

ferible morir a renunciar a ellos. En ellos está la vida eterna. El que reniega de ellos pierde la vida eterna”<sup>4</sup>

Para los cristianos, lo que está en juego no es únicamente si estas palabras de Jesús son auténticas, sino, y en última instancia, si las palabras, cualesquiera que éstas sean, tienen un sentido, incluso las provenientes de quienes no comparten nuestra fe. ¿Son vanos nuestros esfuerzos por descifrar el sentido de nuestra existencia, ante la perspectiva de este silencio último, cuando la totalidad del universo se torne frío y sin vida? ¿Vivimos entre la Creación y el Reino o simplemente entre el *big bang* y el silencio final?

La historia del cristianismo es un drama acerca de las palabras y del sentido de las mismas, del sentido de la Palabra de Dios y del sentido de nuestras propias palabras. Se inicia con la Palabra por la cual todo vino al ser. A los teólogos medievales les encantaba detenerse en un momento particularmente dramático dentro de esta historia. Cuando el ángel Gabriel se le aparece a María y le anuncia la concepción de Jesús, ¿su respuesta sería acaso afirmativa? Les encantaba imaginarse a María vacilando mientras la humanidad entera aguardaba tensamente la respuesta de ella. Adán y Eva, y todos los muertos, la urgen a contestar. La creación entera contiene el aliento. El advenimiento de la Palabra depende de la palabra de María. San Bernardo le suplica: “Responde, Virgen, responde al ángel con toda prontitud... Pronuncia la palabra y recibe la Palabra; ofrece lo que es tuyo y concibe lo que es de Dios... ¿Por qué demo-

---

4. *The Acts of the Christian Martyrs* [Hechos de los mártires cristianos], introducción y traducción de Herbert Musurillo, s. j., Oxford, 1972, p. 317. [Edición en español: véase, por ejemplo, Fox, John: *El libro de los mártires*. Terrassa (Barcelona): Clie, 1991].

rarse? ¿Por qué temblar? Cree, habla y recibe”.<sup>5</sup> Esto ejemplifica nuestra inmensa responsabilidad en tanto que criaturas parlantes. Nuestras palabras pueden dar vida o muerte, pueden crear o destruir. El clímax de este drama lo constituyen las últimas palabras de Jesús en la cruz. Las atesoramos porque en ellas se enraíza nuestra fe en que nuestras palabras buscan de hecho y alcanzan a tocar un destino y un objetivo últimos. Nuestras palabras pueden ser apropiadas y apenas rozar el misterio, pero no son vacuas.

En la obra de Robert Bolt, *A Man for All Seasons* [Un hombre para la eternidad], cuando Meg trata de persuadir a su padre, Santo Tomás Moro, de que preste juramento, porque tiene la posibilidad de desdecirse mentalmente, éste responde: “¿Y qué es un juramento sino palabras que dirigimos a Dios? Cuando un hombre pronuncia un juramento, Meg, se tiene a sí mismo en sus propias manos. Cual si fuese agua. Y si entreabre los dedos, no existe la menor esperanza de que pueda recuperarse a sí mismo”.<sup>6</sup> Nuestra fe no consiste únicamente en que nuestra existencia tiene un sentido *específico*, sino en que tiene *un* sentido, el cual trasciende todas nuestras palabras. A propósito de esta fe, podemos encontrar aliados y maestros en quienes profesan otra fe o incluso ninguna. Estas siete últimas palabras nos invitan a creer que las palabras tienen importancia. Y el conflicto fundamental no lo es con quienes depositan su fe en otras palabras, sino con quienes sostienen que nada absolutamente tiene ningún sentido. De modo que quien-

---

5. “In Praise of the Virgin Mary” [En alabanza de la Virgen María], Hom. 4.8. [Edición en español: véase San Bernardo: *La Virgen María* (sermónes). Madrid: Rialp, 1987].

6. Nueva York, 1960, p. 140. [Edición en español: Bolt, R.: *Un hombre para la eternidad*. Madrid: Edic. Iberoamericanas, 1967].

quiera que aprecie las palabras y se preocupe por la cuestión del sentido puede ayudarnos a escuchar la Palabra, que es la vida y la luz de todos los hombres. Czeslaw Milosz escribió: “Por su propia esencia, la poesía siempre ha estado del lado de la vida”.<sup>7</sup> Y Seamus Heaney habla de la función poética “como agente de una posible transformación, de una evolución en dirección a la vida más radiante y generosa que la imaginación anhela”.<sup>8</sup>

Cuando visité la habitación en la universidad de El Salvador donde los mártires jesuitas habían sido asesinados, advertí que sus asesinos también les habían disparado a sus libros. El *Diccionario teológico del Nuevo Testamento* de Kittel estaba acibillado por los agujeros de las balas. Estaba abierto por el artículo acerca del Espíritu Santo, aquel cuya inspiración recorre todas las palabras de los evangelios. El odio de estos asesinos no iba dirigido únicamente a estos sacerdotes, sino también a sus palabras, y sin embargo estos hombres llenos de odio también deben haberse sentido impelidos a su vez por alguna suerte de hambre ciega de sentido.

En mayo del 2003 fui enviado a visitar el centro de ejecución de Tuol Sleng en Phnom Penh, Camboya. Era uno más de los cientos de lugares similares en los que el régimen genocida de Pol Pot eliminaba a sus víctimas. Los carteles repartidos por todo el centro insistían en que debía guardarse un silencio absoluto. El menor sonido era castigado inmediatamente con la muerte. Este silencio

---

7. “The Real and the Paradigms” [Lo real y los paradigmas], *Poetry Australia*, n° 72, octubre de 1979, p. 24. Citado en Heaney, Seamus: *The Redress of Poetry* [Enderezar la poesía], Londres, 1995, p. 158. [El lector interesado puede encontrar una traducción parcial de esta obra en Heaney, Seamus: *De la emoción a las palabras*. Barcelona: Anagrama, 1996].

8. Heaney, *The Redress of Poetry*, p. 114.



Capítulo 1: Una cruz de Michael Finn